

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 50 AÑO 2003

TEMA 6: CANTANTES. INTÉRPRETES. DIRECTORES

TÍTULO: **HERMANN LEVI**

AUTOR: *Houston Stewart Chamberlain*

Quien haga un profundo estudio sobre el carácter de Hermann Levi hará, creo yo, una interesante aportación al conocimiento de nuestra época. Levi era una de aquellas personas que poseía un carácter notablemente fuerte e independiente, cosa que confiere al individuo una peculiar y significativa personalidad y que en cierto modo nos da la clave para descifrar la trama de sus múltiples facetas. Del genio también puede esperarse -ha sucedido a menudo- que nos ofrezca la síntesis de la diversidad, una concentración simplificada y por lo tanto más evidente; pero esto es posible solo enfrentándonos a numerosos obstáculos ya que la síntesis no logra configurar un arquetipo. Es cierto que en la obra de Platón o en la de Goethe se refleja con singular luminosidad la época en que vivían, pero no porque estos hombres fuesen uno más entre sus congéneres, al contrario, su personalidad y su saber los colocaba a un nivel superior, así describían el espacio que pretendían crear en sus obras, absorbiendo con absoluta ingenua y objetiva sinceridad el material que tenían ante sí. El genio está por encima de su tiempo, no pertenece a él, y así es como puede reflejarlo con tal perfección. En un hombre como Levi se da el caso contrario. El pertenece absolutamente a su época y a su gente; vive apasionadamente su tiempo y este carácter se refleja constantemente en sus actos, únicamente así podemos conocer su manera de ser. Esta no es sólo su personalidad, es también la de muchos otros hombres que como él no son lo suficientemente extrovertidos para dejar que aparezca a la luz del día lo que llevan oculto en su interior. Ahora bien lo realmente importante son los resultados de un inusitado talento y una todavía más inusitada energía. Si Levi hubiese sido solamente un músico y un director de orquesta excepcional, habría bastado la escueta crónica de sus relaciones con Richard Wagner. De tales cometas hay muchos en la vida del Maestro, brillan mientras el astro celestial los ilumina, manteniéndolos en su entorno. Se apagan así que él los abandona. En cambio Levi es por sí solo un personaje

que capta nuestra atención. Sus relaciones con Wagner y Bayreuth no son pasivas. De muchos colaboradores puede decirse que el Maestro ha hecho de ellos lo que ha querido, hasta el punto que las férreas fronteras del talento le han permitido. Cuando estas mismas personas han actuado en otras escenas, se ha visto claro que habían rendido el máximo en Bayreuth por ser embrujados portadores de una voluntad más alta. Con Levi sucedía algo distinto. Wagner y él se encontraban, uno ante el otro, como dos figuras completamente independientes. Quien lo dude podrá comprobarlo en las cartas que el Maestro le dirigió. Aquí nos encontramos con el genio que se mantiene impávido mientras el talento, apasionado y ansioso, trepa hasta él con su propio esfuerzo. Y este es el motivo por el cual las relaciones de Levi con Wagner no son suficientes para agotar el interés que despierta su figura, sólo son el punto álgido de una vida que estuvo absolutamente dedicada a una única ambición, la de asumir como propia la cultura alemana, si, fusionándose con ella, fundiéndose en ella.

Y tras haber reconocido en las dotes y energías de Levi las cualidades en que se basa su personalidad, ahora abordaremos lo que fue la tragedia de su vida. Quien conoce “El Judaísmo en la Música” y quien, sobre todo ha interpretado “Conócete a ti mismo” como debe ser interpretado este escrito - grave, riguroso, pero con todo moderado- me entenderá. El intenso proceso histórico, bajo cuya sombra caminamos, provocó en el pecho de este hombre eminente una dura lucha. Sería mezquino y desde luego fuera del estilo de Levi, pasar en silencio sobre el hecho de sus orígenes; él mismo se refería a ello con frecuencia. Este problema -yo diría insoluble problema- presidía su ser y su vida, él era el que imprimió un sello trágico en su triunfal carrera y en su persona, provocando también sus frecuentes arrebatos temperamentales. Tal cosa nos demuestra que tenemos que vernos con un hombre al que no le satisfacen las palabras vacías de sentido. El abismo que separa Sem y Jafet llega con seguridad hasta lo más profundo de los sentimientos; ahora bien, en según que lugares permanece oculto y en otros provoca un terrible desgarramiento que en el sentimiento y en el intelecto es todavía más intenso. No pocas veces sucede que judíos bien dotados y firmemente establecidos caen en esta situación, mientras la mayoría de sus compatriotas se encuentran a gusto entre

nosotros. Heine y Goethe, Spinoza y Kant, Karpets y Treitschke son incapaces de encontrar entre si la menor diferencia. En cambio hay judíos -he conocido varios de estos y uno de ellos fue el amigo más querido de mis años jóvenes- a los que este abismo les causa tal dolor que se sumen en el mayor de los sufrimientos; ni palabras, ni gestos de amor, son capaces de consolarlos y animarlos. Y entre tanto nuestros gaiteros continúan soplando, con incansables carrillos, su interminable melodía y por ello mueren estas pobres e íntegras personas. Uno de ellos ha sido por ejemplo, Josef Rubinstein.

En cambio, en Levi las circunstancias fueron diferentes. Y no es que no tuviese sentimientos; ya he mencionado su vehemencia, también su apasionada bondad y compasión, su activa generosidad. Creo que Levi pertenecía a aquellas personas que no tienen límites en su generosidad; y quien lo ha conocido de cerca, ¿podrá nunca olvidar con que alegría brillaban sus ojos en los momentos en que había conseguido llevar a cabo una buena obra?

¿Quién de nosotros -¡ojalá lo supiesen algunos más!- podrá olvidar que él, casi solo entre tantos, no perdía de vista el Fondo de Becas, último legado del Maestro, y que siempre -incansable, obstinado, apasionado- luchaba por ello, reclutaba prosélitos y no ahorra sacrificios? También mostró interés por la Escuela de Estilo en Bayreuth, consiguiendo un Aval de la comunidad, de lo cual da fe el correspondiente certificado. Hace poco me comunicaron verbalmente el celo con que seguía, durante los Festivales, las relaciones con el Consejo Administrativo. En todas estas actividades nos encontramos ante un entusiasmo y energía, con lo uno enardecía, con la otra convencía, y no sólo empuñando la batuta sino también en las cordiales charlas con los amigos en su acogedora mesa, donde se empeñaba en romper la resistencia de la crítica. Con qué rapidez se dirigía, ya enfermo, a su rica biblioteca para consultar el tomo de algún poeta del que se había estado hablando o también alguno de la colección de los escritos del Maestro y qué cálida sonaba su voz al leer algún fragmento. En Levi sobresalía sobre todo su capacidad intelectual. En este punto existía un profundo contacto con cada uno de nosotros, los germanos y era cuando nosotros le considerábamos uno de los nuestros, pero era aquí

también cuando al contemplarlo con mirada desconsolada se le abría desmesuradamente el abismo.

Esta fue la amarga tragedia de su vida. Todo el que estuvo en estrecho contacto con él pudo experimentar algo sobre ello. Si Levi no hubiese sido una naturaleza tan profundamente crispada habría sido capaz, gracias a sus grandes dotes, de navegar a toda vela, sin temor a nada, por la superficie de nuestra civilización. Levi no era sólo músico, era un hombre cultivado, más que esto, era un erudito. Justamente esta entrega a la cultura fue lo que le arrastró a la fascinación por el germanismo, a su incansable, obstinado y apasionado estudio. Existen pocos alemanes que se encuentran tan cómodos en Goethe como Hermann Levi se encontraba. Para él no era suficiente tener una vistosa, pero superficial, capa de cultura, ni aquella desagradable ostentación que algunos judíos hacían de Goethe, no, él tenía un real conocimiento de la prodigiosa grandeza de este príncipe de los germanos; era una reverente adoración, era un apasionado amor... ante todo un eterno anhelo. Creo acertado decir que la veneración hacia la cultura germana era la religión de Levi. Goethe, Mozart, Richard Wagner, eran los Santos a quienes rezaba. Pero no se daba por satisfecho con estos genios. El estimulante estudio de la cultura alemana era para él una necesidad diaria, desde Gottfried Keller a Wilhelm Hertz, pasó toda su vida en compañía de los más dotados creadores alemanes, su proximidad le era necesaria y su saber y su genio le eran valiosos. Hasta es posible que gracias a esta ansiedad y a este amor emitiese a veces juicios equivocados; algunas veces, ante esto, se esfumaba la seguridad del hombre de experiencia. Pero quien posea una mirada penetrante y la dirija hacia él, precisamente en estos momentos, hasta lo más profundo de este espíritu en constante trabajo, podrá ver como allí todo se forjaba sólidamente. Levi se mostraba siempre dispuesto a reconocer sus equivocaciones. Lo que le faltaba era aquella candorosa naturalidad cuya presencia hace que sin esfuerzo uno pueda creerse en posesión de la verdad; lo que sí hacía suyo era -aparte la incansable energía- la sinceridad intelectual, el respeto a si mismo. Si alguna vez se dieron conflictos en su interior entre Sam y Jafet, que sólo podía solucionar con concesiones al primero, creo poder imaginar que le habría ofrecido en sacrificio una actuación externa, pero no una convicción intelectual.

Quien algún día intente descifrar el contenido de este hombre podrá sacar de su vida una gran y bella moraleja. Es, según el sentido del epílogo de “El Judaísmo en la Música” y de “Conócete a ti mismo” el indicado para despertar la esperanza. Ya que la vida nos enseña, una y otra vez, que la esperanza no puede ser el anhelo de algo imposible -en tal caso sería la cúspide de la desesperanza- deberíamos dejar que este buen genio nos guíe, sin preguntar hacia donde conduce el camino. Únicamente los hechos hacen que la vida sea sagrada. Tampoco debemos figurarnos por donde vendrá la solución al trágico problema, del cual Levi era el clásico, consabido y característico representante; este hombre nos muestra lo que se debe hacer en este caso: él nos enseña qué perennes ganancias podrá obtener quien se ponga con pasión al servicio de la cultura alemana. Con esto él no es sólo ejemplo para el reducido grupo de sus más próximos congéneres, sino que lo es para todos nosotros. Como ejemplo tenemos las enseñanzas que Richard Wagner nos ha dejado.

Finalmente debemos decir que lo peculiar de esta retraída vida ha sido precisamente la bendición que ha descendido sobre los incansables esfuerzos y búsquedas -el gran anhelo- sobre su vida y sus actividades, una bendición que según nuestro recuerdo Hermann Levi nos transmitía al dirigir con inigualable arte el también desolado e incansable caminar de Parsifal en busca del Graal, en el prelude del tercer acto de esta obra. En esta significativa unión del hombre con el artista, del ser con el talento, se encuentra la insospechada solución artística del, en apariencia, insoluble problema. “¡De nuevo nos encontramos ante la promesa y... esperamos!”